

## Explicación, implicaciones y rechazo de la mentira según san Agustín

### RESUMEN

La mentira, asunto difícil y angustioso para los seres humanos de todas las épocas, se trata en este escrito desde la filosofía de san Agustín. El objetivo es exponer los aportes del santo africano en orden a esclarecer la explicación, las implicaciones y las razones del rechazo de la mentira que propuso a finales del siglo IV. Se presentan como base los antecedentes y los contextos, en primer lugar. En segundo se presentan las líneas generales de la filosofía agustiniana para explicar, conectar con ámbitos diversos y argumentar en contra de la mentira.

**PALABRAS CLAVE:** mentira, ser humano, conocimiento, libertad, lenguaje, pecado

### ABSTRACT:

Lying, a difficult and distressing matter for human beings in all ages, is treated in this writing from the philosophy of Saint Augustine. The objective is to present the contributions of the African saint in order to clarify the explanation, the implications and the reasons for the rejection of the lie that he proposed at the end of the 4th century. Background and contexts are presented as a basis, first. Second, the general lines of Augustinian philosophy are presented to explain, connect with different areas, and argue against lies.

**KEY WORDS:** lie, human being, knowledge, freedom, language, sin

## INTRODUCCIÓN

“La cuestión de la mentira es difícil y frecuentemente nos angustia en nuestra actividad cotidiana”<sup>1</sup>, decía san Agustín. Mentir es común. Los mentirosos abundan. Las mentiras aparecen con frecuencia en discursos de origen diverso. Aunque normalmente se asocia la mentira con dichos falsos, se sabe que es más que eso. Para que haya mentira se requiere que haya quien mienta con la intención de hacerlo. Falsificar no es lo único que hace el que miente. También se pretende engañar. La intención no es en principio la de decir algo que no es verdad, sino la de embauclar. De hecho, en latín, el verbo *mentiri* significaba urdir un embuste o engaño. La experiencia deja como saldo que sin ello no hay mentira. Pero ¿por qué se da?, ¿cuáles son sus consecuencias?, ¿cómo se la evita?

Estas preguntas, de no tan fácil respuesta, mueven este estudio sobre el tratamiento, ya clásico, de la mentira que hizo san Agustín. El Obispo de Hipona ha sido referente, no sólo medieval, de aquellos filósofos que han tratado el tema, por la profundidad con la que investigó el asunto<sup>2</sup>. Para este trabajo, me propongo, entonces, exponer, para comprender mejor, la explicación, las implicaciones de la mentira y las razones de que se la rechace y repruebe en cualquier caso según el doctor de la Gracia. El desarrollo se ha dividido en dos partes. En la primera se presentan los antecedentes y los contextos del estudio sobre la mentira que hace el autor de *La ciudad de Dios*. En la segunda se plantean las respuestas, acerca de sus causas, sus consecuencias y las razones para rechazarla, que daría san Agustín a la cuestión, difícil y angustiante, de la mentira.

## ANTECEDENTES Y CONTEXTOS

Los antecedentes y los contextos de la mentira son filosóficos y teológicos. Como precursores están Platón y Aristóteles, así como algunos Padres de la Iglesia. La Sagrada Escritura es referente inevitable.

---

1 *D. mend.1*, 1.

2 Cfr. GRANADOS, J., «Análisis y crítica de la mentira en el pensamiento de San Agustín», *Reflexiones marginales* 50 (2019), en <https://reflexionesmarginales.com.mx>

Los hallazgos en los primeros escritos y el combate contra la mentira ya como obispo preludian y engloban el tratamiento que hizo san Agustín en sus dos obras dedicadas a la cuestión.

La mentira (gr. *φεῦδος*), en la filosofía griega, fue revisada por Platón y Aristóteles. A ambos los conoció san Agustín, sin bien parcialmente<sup>3</sup>. El primero lo hace en su diálogo titulado *Hipías menor*, y el segundo, en su *Ética a Nicómaco* (IV, 7). En el diálogo platónico, según Hipías, Homero otorgó a Aquiles la gracia de la veracidad y a Ulises lo hizo mentiroso. El primero es, por eso, mejor (moralmente) que el segundo. Sócrates, como de costumbre, no está de acuerdo. Para el maestro de Platón el mentiroso es capaz de engañar, porque es astuto, esto es, es inteligente, ya que conoce, es decir, es capaz de engañar sobre lo que conoce. El ignorante, por el contrario, no puede engañar, pues no sabe, y si se equivoca, no se da cuenta. El *sabio* es, entonces, capaz de decir verdad como de decir mentira; el *experto* es capaz de hacer el bien como de hacer el mal a voluntad. Por tanto, el veraz y el mentiroso son lo mismo y Aquiles y Ulises o son iguales o éste es mejor que aquél<sup>4</sup>. Para el estagirita, en su *Ética nicomáquea*, la mentira es repreensible y mala y la verdad es bella y digna de alabanza. Una y otra pueden darse en las palabras y en los actos. De ello se sigue, dice, que el hombre verdadero, virtuoso porque se mantiene en el justo medio, es laudable; y, en cambio, el mentiroso es repreensible. Éste miente por jactancia cuando exagera la verdad o por ironía cuando la disminuye. A quienes hacen lo primero los llama vanidosos o fanfarrones, incluso majaderos. A los segundos, sólo irónicos. La mentira, como vicio, se agrava en relación con los negocios y la justicia. No sólo son mentiras de dicho, sino vicios graves como la estafa y la traición<sup>5</sup>. La mentira requiere de la intención de ocultar la verdad o de usarla en beneficio propio.

La Escritura es ineludible como referente sobre y contra la mentira<sup>6</sup>. En el AT Dios, que es verdad (*émeth*) manifiesta en el amor creador

3 GRANADOS, J., «La recepción de Aristóteles por san Agustín», *An. Sem. His. Filos* 37 (2020) 13-21.

4 Cfr. PLATÓN, «Hipías menor», en *Diálogos*, Gredos, Madrid 2008, 375-396.

5 Cfr. ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea*, Gredos, Madrid 2008.

6 Cfr. DEMMER, K., «Mentira», en KASPER, W. (ed.), *Diccionario enciclopédico de exégesis y teología bíblicas, tomo II. I-Z*, Herder, Barcelona 2011, p. 1056; COENEN,

y libre, constituye al ser humano en la verdad y lo llama a la fidelidad y la lealtad. Dios abomina todo doblez o mentira (*seger*: engaño, fraude, mentira)<sup>7</sup> y prescribe no mentir<sup>8</sup>. En el NT Cristo, que es justo y, como Él mismo lo dijo, camino, verdad y vida<sup>9</sup>, es, también, ejemplo de la lealtad perfecta y testigo de la verdad de Dios<sup>10</sup>. Él repreuba y desenmascara toda falsedad e hipocresía<sup>11</sup>. La vida cristiana (en Cristo) es, pues, incompatible con la mentira<sup>12</sup>. Ésta atenta contra el vínculo que une a los miembros del único cuerpo en Cristo<sup>13</sup>. La mentira pervierte y quebranta la verdad, base de la confianza y la convivencia. El que miente y finge se separa de Dios y es sujeto de la acción del maligno, mentiroso y padre de la mentira<sup>14</sup>.

En la antigüedad cristiana se dio una tendencia entre algunos Padres de la Iglesia a aceptar y legitimar la mentira en los casos en los que decir la verdad traía consigo graves consecuencias. Esto es, los Padres condenaron la mentira en forma general, aunque no exhaustiva. Asimismo, la mentira piadosa aparece con frecuencia mencionada en los relatos acerca de los monjes del desierto egipcio<sup>15</sup>. Testimonio de di-

---

L.; BEYREUTHER, E., y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. III, Sígueme, Salamanca 1993, pp. 68-73.

7 “Los labios mentirosos los abomina el Señor, que se complace en cuantos actúan con sinceridad” (Prov 12,22). “No habita dentro de mi casa el hombre traicionero; la gente mentirosa no puede permanecer delante de mi vista” (Sal 101,7).

8 “No mintáis, no os engañéis unos a otros” (Lev 19,11; cf Ex 23,7; Si 7,13-14).

9 “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí” (Jn 14,6).

10 1Jn 3,9.19; Jn 18,37.

11 Mt 23,27-28.

12 “Por eso, apartaos de la mentira; decid cada uno la verdad al prójimo, para que seamos miembros los unos de los otros” (Ef 4,25). “El que dice: «Yo lo conozco», y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Jn 2,4).

13 Rom 12,4-9.

14 Jn 8,44.

15 “Clemente de Alejandría (*strom.* 7.8.50 51), Orígenes (*ap. Jerome, c. Rufinum* 1.18; *c. Cels.* 4.18-19; *hom. in Jeremiam* 20.3-4), Hilario de Poitiers (*tr. in Ps.* 14.10), Sulpicio Severo (v. s. *Martini* 9), Paulino de Nola (*carm.* 16.52-74) y Juan Crisóstomo (*de sacerd.* 1.6)”. RAMSEY, B., OP, «*Mendacio, De / Contra mendacium*», en FITZGERALD, A. D., OSA, *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2006, pp. 882-885.

cha tendencia son, por ejemplo, Orígenes que, discutiendo con Celso sobre el cambio de Dios, cita y admite con él que “engaño y mentira son de suyo cosa mala, y solo a manera de medicina se pudiera echar mano de ellos, con intención de curar a amigos enfermos o locos, o contra enemigos, para prevenir un peligro”<sup>16</sup>; Paulino de Nola que cuenta la *estratagema* con la cual Félix engañó a sus perseguidores, que no lo reconocieron cuando lo tenían ante él<sup>17</sup>; y Juan Crisóstomo que narra el engaño que usa en la ordenación de Basilio<sup>18</sup>.

San Agustín, antes y después de sus tratados sobre y contra la mentira, se ocupó del asunto. En sus *Soliloquios*, del 386, buscando entender lo que diferencia lo falso de lo verdadero y si la relación entre ambos es de semejanza o de desemejanza o de otra cosa, llega a decir que el hombre falaz o mentiroso no dice la verdad porque quiere engañar, con todo y que sabe la verdad; mientras que el hombre mendaz es el hombre ignorante que miente, que no dice la verdad por ignorancia, porque no la sabe. La verdad, por tanto, se ve oculta o por el engaño o por la ignorancia<sup>19</sup>. En el libro *Del Maestro*, del 389, discuten san Agustín y Adeodato sobre el maestro interior, sobre las palabras como signos de las cosas y el aprender y el enseñar. En esta discusión se encuentran con la dificultad de expresar el pensamiento y los sentimientos o abrir el alma y la verdad contenida en ella con las palabras. Lo que sucede en el fuero interno se les escapa. Esto se complica con la mentira y el engaño, porque los que mienten y engañan encubren su alma. Los que mienten piensan en las cosas de las que hablan y está en su ánimo la intención de decirlo así. Si no fuera posible decir verdad y mentira o se supiera qué sucede en el interior del hablante, no la habría<sup>20</sup>. En la obra *De la utilidad de creer*, del 392, distingue entre el mentiroso (hereje) y el que cree la mentira de aquél. “Hereje es el que, movido por ventajas temporales, sobre todo por ansias de honores y de mando, elabora doctrinas nuevas y falsas o les presta asentimiento;

16 ORÍGENES, *Contra Celso*. BAC, Madrid 196, pp. 254-256.

17 NOLA, P. de, *Poemas*, Gredos, Madrid, 2005, pp. 143-144.

18 SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre el sacerdocio*, Imprenta de Pablo Riera, Barcelona 1863, pp. 19-23.

19 *Solil.* II, 9, 16.

20 *De mag.* 12, 40; 13, 41-44.

en cambio, quien cree a hombres de este linaje, se engaña bajo una apariencia de verdad y de piedad”<sup>21</sup>. El hereje es el hombre falaz que *acomoda* todo para su beneficio, tanto porque elabora doctrinas falsas como porque las asiente. En sus *Confesiones*<sup>22</sup>, del 395, criticará a los astrólogos, a quienes muchos cristianos han comprado –así lo dice– sus mentiras<sup>23</sup>, incluido él mismo en su juventud. Ya como Obispo, comentando el versículo del Salmo “No hice comercio”, señala y acusa a los traficantes (cristianos) de engañar con los precios de sus mercancías y tomar a Dios como testigo, ya que esto hacía que otros dijeran que así eran todos los cristianos. También intentó desmitificar las ficciones de los espectáculos, que más que afirmar la voluntad con su lujo de pacotilla, la aniquila con su juego falaz de mentiras.

Los tratados *Sobre la mentira*<sup>24</sup>, del año 395, y *Contra la mentira*<sup>25</sup>, del 420, enmarcan y muestran un interés persistente. Antes de decir

21 *De Uti, cred.* 7, 19.

22 *Conf.* IV, 3, 4-6.

23 *Cfr.* HAMMAN, A. G., *La vida cotidiana en África del norte en tiempos de san Agustín*, CETA, 1989, 20, 78, 97.

24 “También escribí un libro sobre *La mentira*, el cual, aunque se entiende con alguna dificultad, sin embargo es útil para ejercitarse el ingenio y la inteligencia, y aprovecha aún más para amar la veracidad en las costumbres. Ya estaba resuelto a excluir también este libro de mis opúsculos, porque me parecía, además de oscuro y complicado, completamente molesto, por lo cual no lo había publicado. Después, como escribí otro libro con el título *Contra la mentira*, decidí y aun mandé que con más razón aquel se destruyese, pero no se hizo. Es por lo que, al encontrarlo intacto, ordené que en esta retractación de mis opúsculos se conservase también retractado, principalmente porque en él hay algunas cosas necesarias que no están en el otro libro. Por eso el título de aquél es *Contra la mentira* y el de éste sobre *La mentira*, porque por todo [en] él aparece clara la refutación de la mentira, aunque una gran parte se dedica a su investigación. Sin embargo, los dos persiguen el mismo fin”. *Retractaciones* 1.27.

25 “Por entonces escribí también el libro *Contra la mentira*, cuyo motivo fue que a algunos católicos les pareció que debían simular que ellos eran priscilianistas para poder penetrar en sus guaridas para rastrear a los herejes priscilianistas, que estimaban que debían ocultar su herejía no sólo negando y mintiendo, sino también perjurando. Para prohibir que se hiciera eso, compuse ese libro”. *Retractaciones* 2.60. Según B. Ramsey, “*Contra mendacium* fue una obra compuesta a petición de un tal Consencio, que había enviado a Agustín, para conocer sus observaciones, algún material acerca de los herejes españoles conocidos como priscilianistas y sobre los católicos que trataban de infiltrarse entre ellos para desenmascararlos”. RAMSEY, B., OP, «*Mendacio, De / Contra mendacium*», en FITZGERALD, A. D., OSA,

qué es, san Agustín se ocupa de deslindar qué no es mentira. En principio las bromas, las gracias, los chistes o las chanzas no lo son: “Exceptuemos, desde luego, las chanzas que nunca se han considerado como mentiras, pues tienen una clara significación en la manera de hablar y en la actitud del que chancea de no querer engañar, aunque no se digan cosas verdaderas”<sup>26</sup>. Tampoco son mentiras las figuras retóricas, los géneros literarios –y por extensión las artes–, el silencio y decir cosas falsas sin la intención de engañar. Las metáforas no son mentira, porque no significan lo que dicen a la letra, sino en un sentido traslaticio, esto es, transponen de un vocablo su significado propio por otro figurado: “[...] esas metáforas –indica san Agustín–, dicen cosas verdaderas y no falsas. Porque con su palabra o con su signo significan cosas verdaderas y no falsas. Sólo dirá que son mentiras quien juzga que dicen lo que materialmente dicen –y que en realidad es falso– y no lo que auténticamente significan, que es lo verdadero”<sup>27</sup>. Con ellas se dice, pues, una cosa, señalando la comprensión de otra. Lo mismo pasa con la paradoja y la antífrasis. Asimismo, las invenciones o fingimientos literarios no son mentira. Ni la parábola ni la fábula son mentiras, porque al contar cosas no sucedidas como sucedidas, lo hacen para significar cosas verdaderas por la semejanza que pudiese haber. En las fábulas seres irracionales o cosas inanimadas toman la palabra para atraer la atención y así inculcar una verdad de orden moral: “¡Como si fuera mentira todo lo que se finge, cuando en realidad se fingen tantas

*Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2006, p. 882. Según G. Armas, “En la época de San Agustín los priscilianistas, secretamente o ganizados, se ramificaban en el seno mismo de la Iglesia. Era muy difícil descubrirlos porque, si se les preguntaba sobre su religión, se confesaban católicos. ¿Sería lícito fingirse priscilianista para conocer los secretos de la secta y denunciar a los jefes? Muchos así opinaban. Consultado San Agustín, escribe en 420 su libro *Contra mendacium*, donde con más decisión y claridad que en el *De mendacio*, compuesto en 395, demuestra la malicia intrínseca de la mentira por leve que sea. Concluye que jamás es lícita la mentira y mucho menos enseñar tal licitud [...]. «O se han evitar las mentiras con una buena vida, han de borrar con la confesión y penitencia. Ya que desgraciadamente abundan entre los malos, no las fomentemos enseñando su licitud» (*Contra mendacium* 1, PL 40, 547). ARMAS, G., *La moral de San Agustín*, Madrid 1955, pp. 736-737.

26 *De mend.*, 2, 2.

27 *C. mend.*, 10, 24.

cosas para poder significar mediante ellas otras verdaderas!”<sup>28</sup>, dice san Agustín. Como ejemplos aduce las fábulas de Esopo, las narraciones de Horacio y el libro de los Jueces. De igual manera, el silencio o quedarse callado no es mentir, pero tampoco conceder. “Mentir no es ocultar la verdad callando”, dice el pensador africano. Por último, no todo el que dice cosa falsa miente, si es que cree u opina que es verdad lo que dice, advierte Agustín de Hipona en su *Contra mendacio*, esto es, quien expresa lo que cree u opina interiormente, aunque sea ello un error, no miente.

Hecho el deslinde, ¿qué es, pues, la mentira? “Dirá mentira quien, teniendo una cosa en la mente, expresa otra distinta con palabras u otro signo cualquiera”<sup>29</sup>, dice san Agustín. El mentiroso tiene doble pensamiento: uno que es verdad, pero calla, y otro que dice, pero es falso. La mentira es *locutio contra mentem*. Más aún, “Mentir no es ocultar la verdad callando, sino expresar al hablar lo que sabemos que es falso”<sup>30</sup>. Pero no todo el que dice verdad es fiel o veraz y todo el que dice algo falso es mentiroso. “El pecado del mentiroso está en el apetito e intención (intención) de engañar”<sup>31</sup>, afirma el Obispo de Hipona. Se ha de juzgar al fiel y al mentiroso por la intención, no por la verdad o falsedad de las cosas. Esto se debe a que se puede decir la verdad a sabiendas que no se creerá. Si no siempre se miente diciendo algo falso por algo verdadero, sino que se llega a mentir diciendo la verdad, queda claro que la mentira implica la intención de engañar. Pero el engaño puede ser no consciente o encubierto de piedad. Así pues, el acto de mentir, además de querer engañar, implica la intención de dañar, encubriendo la verdad o lo que no se quiera decir. Según san Agustín, el engaño y el perjuicio se ven precedidos por la envidia, ya que primero se desea lo ajeno, luego se lo envidia y por último se quiere engañarlo y perjudicarlo para satisfacer el primer deseo. En síntesis, “La mentira es una comunicación (*significado*) falsa, unida a la intención de engañar”<sup>32</sup>, es decir, la mentira es la manifestación intencional contraria a lo que se

---

28 *C. mend.* 13, 28.

29 *De mend.* 3, 3.

30 *C. mend.* 10, 23.

31 *De mend.* 3, 3.

32 *Contra mendacium*, 26

piensa, encubriendo la verdad, desplazándola, ya sea con algo falso o con la misma verdad, con el propósito de engañar y de dañar<sup>33</sup>.

Dada la definición, viene la clasificación. San Agustín diferencia entre la mentira dañosa y la mentira jocosa. Distingue al mentiroso (*mendax*) del embustero (*mentiens*). El primero apetece mentir y disfruta con la mentira, la calumnia, la injuria, el chisme. El segundo, *miente* sin querer o para agradar en las conversaciones, esto es, “gusta agradar con la salsa de la conversación”, pues no encontrando cosas verdaderas, miente o combinando verdades y falsedades cuando el atractivo empieza a escasearle<sup>34</sup>. San Agustín clasifica las mentiras en ocho, en orden decrecientes de gravedad: 1) La mentira en materia de doctrina: “La mentira capital y la primera que hay que evitar decididamente es la mentira en la doctrina religiosa”; 2) la mentira en perjuicio de una persona y que no beneficia a ninguna otra: “La segunda es la que daña injustamente a alguien, es decir, que perjudica a alguno, y no aprovecha a nadie”; 3) la mentira que beneficia a alguien, pero resulta perjudicial para otro, aunque sin corromperlo físicamente: “La tercera es la que favorece a alguno, pero perjudica a otro, aunque no sea en torpeza alguna corporal”; 4) la mentira por el simple placer de mentir: “La cuarta es la cometida por el puro apetito de mentir y engañar, que es la pura mentira a secas”; 5) la mentira para sazonar la conversación: “La quinta es la que se comete por querer agradar en la conversación”; 6) la mentira beneficiosa para alguien sin ser perjudicial para nadie: “La sexta es la que aprovecha a alguno, sin perjudicar a nadie”; 7) la mentira espiritualmente beneficiosa y que no resulta perjudicial para otra: “La séptima es la que, sin perjudicar a nadie, favorece a alguno, exceptuando el caso de que pregunte el juez”; 8) la mentira no perjudicial a nadie y que evita una ignominia física: “La octava es la que, sin

33 “Pero, precisa santo Tomás, la intención de engañar (*voluntas fallendi*) entra como elemento no esencial en cuanto “pertenece a la perfección, y no a la esencia de la mentira”. De forma que ésta queda ya calificada moralmente por la falsedad formal, es decir, por la simple voluntad de decir lo que es falso, de expresar algo contrario al propio pensamiento (cf S. Th., II-II, q. 110, a. 1)”. RAMSEY, B., OP, «*Mendacio, De / Contra mendacium*», en FITZGERALD, A. D., OSA, *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2006, p. 885.

34 *Cfr. De mend.*, 14, 25.

perjudicar a nadie, aprovecha a alguien para evitar ser mancillado en el cuerpo”<sup>35</sup>.

Con los antecedentes y contextos puede darse paso a la explicación, las implicaciones y las razones para su rechazo que se desprenden de la doctrina agustiniana.

### EXPLICACIÓN, IMPLICACIONES Y RECHAZO DE LA MENTIRA

La explicación consiste en dar razón de algo, descubrir sus causas. Las implicaciones son las derivaciones y consecuencias que un asunto tiene en diversos ámbitos. La explicación sobre la mentira se la encuentra en la antropología (filosófica). Las implicaciones son gnoseológicas, semióticas y éticas. En lo que sigue se expondrán la antropología, la gnoseología, la semiótica y la ética de san Agustín y su conexión con la mentira, así como las razones por las cuales en los casos (de clasificación) la rechaza y reprueba.

La antropología filosófica del Obispo de Hipona requeriría de un tratamiento aparte más detallado. Para este trabajo sólo me concentraré en las tesis más relevantes<sup>36</sup>. Para san Agustín el ser humano es un animal racional y mortal, como dice en *Acerca del maestro* y repite en otras obras, y, por eso, consta de alma y cuerpo. El alma es inmaterial e inmortal. Como se conocen los hechos de la conciencia y la naturaleza del yo, puede tenerse certeza de la esencia del alma. Y esta es que no es corpórea. Además, la actividad anímica es inmaterial o espiritual. La verdad, objeto del conocimiento, es, para el santo africano, inmutable,

35 *De mend. 25.* “A partir de santo Tomás (cf. S. Th., II-II, q. 110, a. 2), por la diversa motivación se ha distinguido la mentira en “jocosa”, dicha por diversión; para muchos no se trata de una mentira propiamente, porque por el contexto resulta evidente que no se quiere afirmar lo que se dice, sino divertir simplemente; “oficiosa”, dicha por necesidad: para evitar un mal o procurar un bien; “perniciosa”, dicha para hacer daño a alguien”. RAMSEY, B., OP, «*Mendacio, De / Contra mendacium*» en FITZGERALD, A. D., OSA, *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos, 2006, 885.

36 Cfr. BEUCHOT, M., *Historia de la filosofía medieval*, FCE, México 2013, pp. 29-41; BEUCHOT, M., *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015, pp. 75-82.

imperecedera y eterna. Como el espíritu puede unirse a ella, tiene el mismo carácter de espiritual e inmortal. Con un aire platónico, dice que el cuerpo aprisiona al alma<sup>37</sup> y entorpece el conocimiento. Pero, a diferencia de Platón, no admite la preexistencia de ésta. El alma es una y está toda en el cuerpo. Sus capacidades son la memoria, el entendimiento y la voluntad. Ésta tiene prioridad, porque mueve las otras facultades. De ahí la preeminencia del conocimiento intelectual sobre el sensible. El ser humano conoce ayudado por Dios. Sin caer en el innatismo platónico sostiene que la verdad espiritual participa de la Verdad divina, la cual ilumina al hombre. En su tratado *Del libre albedrío* argumenta a favor de la libertad. La conciencia y el consentimiento unánime de los pueblos que responsabilizan y castigan las faltas, lo cual no tendría razón de ser sin ella, atestiguan su existencia. Dios promueve la libertad. Él ve las acciones humanas desde la eternidad, lo que quiere decir que no las determina, sino que les asegura su condición libre. Si la acción proviniera sólo del hombre, iría a la delectación del mal, pero también proviene de Dios, lo que nos inclina al bien. En él reside la libertad. El alma, principio de vida, tiene como fin la inmortalidad dichosa con Dios. El deseo insatisfecho de felicidad que tiene el alma sólo puede satisfacerlo Dios, la suma bondad. “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón estará inquieto mientras no descanse en ti”. Sobre el origen del alma, para san Agustín no es seguro que Dios cree el alma de cada uno, debido a la incompatibilidad con el pecado original. No cree que Dios haga el alma manchada por el pecado. Adopta por eso el traducianismo, aunque no como opinión segura<sup>38</sup>.

El ser humano, compuesto de alma y cuerpo, es libre y tiende al bien. El cuerpo entorpece el conocimiento, se decía. El bien y el mal pueden conocerse, entonces, de manera torpe. Aunque se orienta hacia el bien, porque la libertad es querida y proviene de Dios, también proviene del hombre y por eso de que se complazca con el mal. Nos complace, como se vio, la mentira en ciertos casos, a pesar de ser un mal y ser pecado. Esto significa que la buscamos consciente y voluntariamente, esto es, con intención. Cuando se tiene la intención de mentir y con el engaño hacer un mal, no se desea este mal como mal sino como un

---

37 *De quant. animae*, 13, 22.

38 *De Gen. ad litt.*, X, 21.

bien para el que engaña. La voluntad no desea sino el bien propio y el mal del otro se presenta con un bien para sí. En los filósofos griegos, la Biblia y los Padres de la Iglesia ya se vislumbran las implicaciones que la mentira tiene, así como que su explicación remite a la esencia del ser humano. Ahora bien, pecado es “toda palabra, acto o deseo contra la ley de Dios”<sup>39</sup>. Esto significa que el pecado es una transgresión voluntaria y consentida (intencional) de la ley divina u obligatoria. Su causa universal, dirá Tomás de Aquino, es el egoísmo o el amor desordenado de sí<sup>40</sup>. La mentira es, pues, un pecado. Es un mal que se *ve* como bien por egoísmo. Deriva de la naturaleza *caída* del ser humano. En síntesis, el ser humano es capaz de mentira por su propia naturaleza.

La gnoseología de san Agustín<sup>41</sup> comienza con la tarea de investigar la verdad divina, razón de todas las cosas. En sus *Soliloquios* plantea que quiere, y con eso le basta, conocer a Dios y al alma. En su obra *Contra académicos* combate el escepticismo. El ser humano puede alcanzar una legítima certeza de la verdad, arguye en el diálogo de Casiciaco del 386. El principio firme lo encuentra en que, si me equivoco, se debe a que existo<sup>42</sup>. Este es el fundamento racional de la verdad: si me equivoco dudo; si dudo, pienso; y si pienso, existo. Pero la verdad viene de Dios. Él es la verdad y nos la da a conocer por iluminación. Es decir, nos participa de sus ideas ejemplares y sus razones eternas. Esto no implica, para san Agustín, un innatismo. Dios ilumina el entendimiento humano concediéndole sus ideas, le participa al hombre de su conocimiento<sup>43</sup>. Las cosas sensibles sólo despiertan la sensación a modo de motivación remota del conocimiento. Los sentidos aportan conocimiento del mundo en tanto que corpóreo. El intelecto accede a lo espiritual. El mundo sensible nos deja opiniones. La ciencia y la verdad vienen del mundo espiritual. El ser humano encuentra en sí mismo la plasmación de las ideas ejemplares y las razones eternas. Así

39 *Contra Faustum* I, 22, 27.

40 *Cfr.* S. Th., I-II, q. 84, a. 2

41 *Cfr.* BEUCHOT, M., *Historia de la filosofía medieval*, FCE, México 2013, pp. 29-41; BEUCHOT, M., *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015, pp. 39-48.

42 *De Trin.*, XV, 12, 21.

43 *Solil.*, I, 1, 3.

conecta con Dios. Aunque el conocimiento decisivo es el intelectual, intervienen el sentido interno, la imaginación y la memoria. Las ideas de lo sensible se obtienen del conocimiento sensible; las de lo necesario y trascendente vienen de lo alto. Las razones eternas son *a priori*, porque están en el espíritu humano, pero no son de él ni son producto suyo, sino que vienen de Dios. Para que conozca, el hombre es, pues, iluminado por Dios.

En Dios, que es la verdad, no hay posibilidad de doblez, de mentira, de falsedad. Respecto al mundo (sensible) podemos *engañosos*. El conocimiento de este no es seguro. De él sólo obtenemos opiniones, que aciertan o no. Como se dice, se puede vivir en la mentira. Sin embargo, ésta, ya sea que indique la falsedad del saber sensible o, e incluso, la posibilidad de engañarnos respecto a él, nos pone en camino de la verdad, ya que, si me engaño, dudo; si dudo, pienso; y si pienso, existo. Sobre mi existencia no puedo engañarme. Es verdad y a esta verdad se la encuentra en el interior y por vía del intelecto. Es verdad, también, que sobre la verdad no puedo engañarme. Puede conocerse y distinguirse la verdad de la mentira. Por eso se la puede identificar y denunciar. La verdad es siempre. La opinión se muda, porque el mundo cambia. La ciencia, no. Y no se modifica, porque la verdad es siempre la misma. Dios es y es siempre el mismo. Dios es la verdad. No nos engaña, antes bien, nos ilumina, esto es, aparta las tinieblas que obnubilan el conocimiento.

En la línea de la gnoseología la mentira tiene implicaciones semióticas. La semiótica es la ciencia de los signos. En su obra *Sobre la doctrina cristiana* (396-426) define el signo como esa *cosa* que, además de la fisionomía (apariencia o materialidad) que tiene y que se nota o percibe con y por los sentidos, hace que venga al pensamiento otra cosa distinta<sup>44</sup>. Los signos se clasifican en naturales e instituidos por el ser humano. Los primeros son aquellos que sin deseo o elección hacen que se conozca algo distinto de ellos, como el humo como signo del fuego<sup>45</sup>. Los signos convencionales o instituidos o artificiales son los que se usan para manifestar, en cuanto es posible, los movimientos del

---

44 Cfr. *De doctr. Chr.* II, 1, 1

45 Cfr. *De doctr. Chr.* II, 1, 2

alma o las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos. La razón de señalar o dar un signo, dice Agustín, es la de trasladar al ánimo de otro lo que hay en el propio<sup>46</sup>. Entre los signos con los que los seres humanos se comunican unos pertenecen al sentido de la vista y otros al sentido del oído y muy pocos a los demás sentidos. Los movimientos de las partes del cuerpo como signos se dirigen a la vista<sup>47</sup>. Otros signos, como los sonidos significativos que producen los instrumentos musicales, se dirigen al oído. Entre todos los signos, para san Agustín, las palabras son los signos principales para conocer los pensamientos del alma, siempre que se quiera manifestarlos<sup>48</sup>. Por esto que al tratar la semiótica de san Agustín se encuentre su Filosofía del lenguaje. En su obra *Acerca del Maestro*, del 389, trata los signos lingüísticos como convencionales o artificiales. Sostiene, en ella, que, excepto en casos muy rudimentarios, todo se enseña o se hace recordar (y se aprende) por signos<sup>49</sup>. Define la palabra como “lo que se profiere con la articulación de la voz y tiene significado”<sup>50</sup>. La palabra es, pues, voz significativa por convencional y articulada, porque puede ponerse por escrito y es diferente de la no articulada, como los gritos o los gemidos, que pueden ser significativos. Las palabras, en tanto que signos, se concatenan formando oraciones. Los signos que forman estas oraciones son los nombres, los verbos y los complementos<sup>51</sup>. La relación y el orden entre signos lingüísticos aplica a otros signos, pues su *interpretación*, no se da de forma aislada, y la concatenación de signos es de suma importancia. Para san Agustín los signos son medios para alcanzar las cosas significadas, remiten a ellas, que son los fines de aquéllos<sup>52</sup>. Esta aseveración la basa en su idea de cómo adquirió el lenguaje, a saber, los adultos presentaban las cosas asociándolas con los nombres cuando

46 *Cfr. De doctr. Chr.* II, 2, 3

47 “los cómicos, con los movimientos de todos sus miembros, dan signos a los espectadores, hablando casi con los ojos de los que los miran”(*De doctr. Chr.* II, 3, 4), incluso se dan a conocer muchas cosas con el movimiento de las manos.

48 *De doctor. Chr.* II, 3, 4

49 *Cfr. De mag.* 3, 5

50 *De mag.* 4, 9

51 *Cfr.* BEUCHOT, M., *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015, pp. 22-23

52 *De mag.* 8, 24

él era un infante<sup>53</sup>. Este modo de aprender se llama por *ostención*, pues se pronuncia el signo y se muestra el objeto<sup>54</sup>. Esto mismo sirve para otros casos y otros signos, pues los signos son como señales de cosas, que bien pueden ser sentimientos.

Puede decirse mentira. Se la dice con palabras o cualquier signo. Se decía que la mentira era una *locutio contra mentem*, porque el que miente tiene una cosa en la mente y expresa otra distinta con palabras u otro signo. El mentiroso tiene, se reconocía, un doble pensamiento: el que es verdad, al menos para él en su interior, pero omite; y otro, el que dice, pero que es falso respecto a la realidad o lo que piensa. Más aún, se miente no sólo ocultando la verdad, callando, sino expresando, esto es, comunicando con signos, lo que se sabe que es falso. Y como también se dijo, no todo el que dice verdad es veraz ni todo el que dice algo falso es mentiroso. Los signos, y de entre estos las palabras, esto es, el lenguaje articulado, que como lengua es convencional, sirve tanto para decir verdad como para decir mentira. En una línea aristotélica, y el análisis de la mentira sirve para ello, para san Agustín el lenguaje ni es naturalista, porque no todo lo que se dice es verdad, ni es convencionalista, porque no todo lo que se dice es falso o mentiroso. Es, por tanto, en parte natural, por la exigencia que tiene de expresar algo (la realidad o el pensamiento o el sentimiento), y en parte es convencional, porque los signos con los que se expresa o comunica la realidad o el pensamiento o no lo consiguen, o lo hacen parcialmente, o, intencionalmente, no coinciden con ello. El pecado del mentiroso está en querer engañar, pero esto toca más al ámbito de la ética. La atención puesta a la intención desemboca en ella.

Para san Agustín la ética tiene que ver con que el hombre ha de ir de las cosas sensibles a Dios, máximo bien, fin último y felicidad verdadera<sup>55</sup>. Este camino se recorre por las virtudes activas y cognoscitivas. Las razones eternas ayudan a captar la ley de Dios. Con auxilio de la

53 Cfr. *Conf.* I, 8, 13

54 Cfr. BEUCHOT, M., *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015, p. 24.

55 Cfr. BEUCHOT, M., *Historia de la filosofía medieval*, FCE, México 2013, pp. 29-41; BEUCHOT, M., *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015, pp. 83-90.

inteligencia, la voluntad ha de ordenarse a Él. Como Dios es amor, la vida moral es el ejercicio de la caridad o amor a Dios y al prójimo contra el amor propio y el amor al mundo<sup>56</sup>. El motor de la vida virtuosa es, pues, la voluntad libre que se orienta al amor. Pero la libertad necesita de la gracia para evitar el mal al que se inclina naturalmente. San Agustín espera el triunfo de la caridad en la vida de cada uno y en la de todos. Así pasa de la ética a la filosofía social o política. Establece que la sociedad ha de basarse en el amor y el trabajo. Ambos se han de satisfacer en ella, especialmente en la familia, núcleo de la sociedad y centro de generación y educación. De ella surge el Estado y la unión para satisfacción de las necesidades por medio del trabajo. La sociedad, en la historia, es la marcha de ésta hacia Dios. Hay quienes se oponen y quienes lo fomentan. El Estado es pervertido, en el primer caso, y justo, en el segundo.

La mentira es el lenguaje opuesto al propio pensamiento, con la intención de engañar y dañar. El que miente no se dirige a Dios, no lo ama, no se desprecia a sí mismo. No es virtuoso. Su voluntad está desorientada. La mentira daña al individuo y a la sociedad, porque atenta contra la caridad. Pongo dos casos que el mismo san Agustín trata. Las especies de la mentira, dos, tres y cuatro de la clasificación agustiniana enfatizan la intensión de engañar, incluida en la definición de san Agustín. Las tres especies de mentiras tienen en común el perjuicio o daño dirigido, en algunos casos perjudicando sin beneficio ni siquiera del mentiroso, en otro beneficiando a uno y perjudicando a otro. Toda mentira o falso testimonio que atente contra otro es chisme o murmuración. Su objetivo es el daño con base en la deshonra y el descrédito. Todo chisme es una infamia. El daño del chisme es el de desacreditar frente a un grupo de personas a otra, de la que tiene envidia. Si bien el chisme parece implicar algo falso que oculta algo verdadero, también significa aquello verdadero que desacredita a quien es objeto del chisme. Se está haciendo uso de la verdad de manera tergiversada para cambiar los ánimos de quien escucha y así perjudicar a quien se quiere. Hay otro asunto escabroso relacionado con la mentira, pues, teniendo en cuenta el testimonio del Obispo de Hipona, se ha considerado que quien calla otorga, que quien guarda silencio, sea por no mentir, sea

---

56 *De civ. Dei*, XIV, 28.

porque duda de si debe decirlo o no, está confirmando la sospecha del que ha hecho la pregunta. San Agustín, en *De mendacio*, pone como ejemplo un caso conocido por todos nosotros, un caso, si se quiere hipotético, pero de índole moral: un amigo es perseguido por un crimen que no cometió y nosotros lo ocultamos, qué hacer ante la pregunta de si sabemos dónde se encuentra, hecha por quien lo persigue. Si se miente, téngase en cuenta la posición del santo, está en juego la vida, la salvación del alma; pero si se calla, será como decirle al perseguidor que se sabe o que se lo esconde. ¿Qué hacer en tal caso? La propuesta del hiponense es que a la pregunta se contestará: “No mentiré, pero tampoco diré dónde está”. Más aún, mentir es rechazar a Dios.

Para san Agustín cualquier mentira debe ser rechazada sin más. Esta postura es inflexible. Se debe a que tomó en serio las prohibiciones bíblicas sobre la mentira e interpretó los pasajes de la Escritura en los que se describen actos inmorales de manera figurada<sup>57</sup>. Asimismo, tenía un concepto extraordinariamente alto de la verdad. Para el Obispo de Hipona, buscador incansable de la verdad, como él mismo lo afirma en muchos de sus textos, sobre todo en los primeros, la verdad tiene primicia sobre todas las cosas en la medida en que ella y Dios son lo mismo<sup>58</sup>, y todo lo que atente contra ella, atenta contra Dios. En síntesis, la mentira es un mal que hay que evitar, porque se opone a la verdad, contradice la finalidad de decir verdad, destruye la convivencia y es condenada por la Sagrada Escritura.

## CONCLUSIÓN

En el espíritu de san Agustín, cierra con lo que sigue, en relación con la explicación, las implicaciones y las razones del rechazo de la mentira.

Para Platón, mentir precisa la intención de hacerlo sobre lo que se sabe, ya que no se miente sin saber y sin quererlo. Aristóteles descubre la mentira en los dichos y los actos de los seres humanos, y aunque

---

57 *De doctr. Chr.* III, 10, 4

58 *C. mend.* 40; *Conf.* III, 6, 10; VII, 10, 16; X, 40, 65.

reprobable en todos los casos, es reprobable cuando atenta contra la justicia. La Sagrada Escritura condena la mentira, porque contraviene a Dios y la prescripción en su contra. Se opone, no sólo a la verdad, sino y también al amor. Afecta tanto al individuo como a la comunidad. Los Padres de la Iglesia reprobaron la mentira, si bien algunos la aceptaron en los casos en los que ésta prevenía un peligro o servía de cura. En cualquier caso, se reconoce que es intencional.

El ser humano es un ansioso de la verdad. La ansía, así como siente ansiedad cuando no la posee. Sobre la mentira, como asunto de la filosofía, toca a la ética dilucidarla y juzgarla. Sus implicaciones, además, alcanzan a la epistemología, la filosofía del lenguaje, la filosofía (de la) política, la filosofía de la religión y la estética. Pero si se tiene la intención de con el engaño hacer un mal, y no se desea este mal como mal sino como un bien para el que engaña, la explicación de la mentira ha de ser antropológica. Si la voluntad no desea sino el bien propio y el mal del otro se presenta con un bien para sí, esto sólo puede explicarse desde el ser humano. En los filósofos griegos, la Biblia y los Padres de la Iglesia ya se vislumbran las implicaciones que la mentira tiene, así como que su explicación remite a la esencia del ser humano. Con san Agustín se descubrieron las causas, las consecuencias y las razones de su rechazo.

Mentir es decir (indicar, predicar o comunicar) algo falso respecto de lo que es o de lo que se piensa. En el primer caso puede ser intencionalmente o por ignorancia. En el segundo, solo puede ser porque se quiere (se tiene la intención). En el primer caso la intención puede ser o de figurar algo o de engañar. En el segundo, se figura o se engaña, también. El engaño es un fraude, una traición, un embuste, una injusticia a lo que es, lo que se piensa, a la confianza y el amor. El ignorante no miente intencionalmente, aunque diga cosas falsas. El que miente sabe y puede mentir aun diciendo cosas verdaderas. Objetivamente la mentira es una falsedad de dicho o, de hecho. El doblez intencional no se verifica a menos que se confiese o se descubra contrastando dichos o hechos y cosas. La ley juzga los hechos, no las intenciones. La moral orienta la intención y la puede juzgar.

La mentira descubre que el ser humano es capaz de ella. Así como puede decir verdad, puede decir mentira. Puede hacerlo porque tiene

intimidad y su pensamiento, que es interior, puede no coincidir con sus palabras, con las que expresa exteriormente a aquel, como a sus sentimientos y su intención. Las palabras son signos de las afecciones del alma. A veces son unívocos, pero, otros equívocos. Se da este segundo caso porque las palabras son insuficientes para expresar pensamientos y sentimientos o porque intencionalmente se dicen cosas contrarias al pensamiento, a lo que pasa en el fuero interno. La mentira descubre, también, que el hombre es moral, esto es, se rige por normas de convivencia. La mentira es un comportamiento nefasto o perjudicial, ya que socava la costumbre. La verdad es, moralmente, un derecho y un deber individual y colectivo. La mentira es reprobable y ha de rechazarse porque atenta contra el derecho a la verdad. La verdad socialmente hace posible la confianza entre unos y otros. La mentira es pecado porque va en contra de Dios, que es la verdad, y la prescripción de Dios, que prohíbe la mentira. La mentira es un mal, un pecado y puede derivar de los pecados capitales. Es pecado porque va contra la ley de Dios. Deriva de los pecados capitales porque se puede mentir por envidia, codicia, ira, pereza, gula, lujuria.

## FUENTES DE CONSULTA

- ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea*, Gredos, Madrid 2008.
- RAMSEY, B., OP, «*Mendacio, De / Contra mendacium*», en FITZGERALD, A. D., OSA, *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2006, pp. 882-885.
- ARMAS, G., *La moral de San Agustín*, Madrid 1955.
- HAMMAN, G., *La vida cotidiana en África del norte en tiempos de san Agustín*, CETA, 1989.
- GRANADOS, J., «Análisis y crítica de la mentira en el pensamiento de San Agustín», *Reflexiones marginales* 50 (2019), en <https://reflexionesmarginales.com.mx>.
- GRANADOS, J., «Hacia una semiótica de la danza en San Agustín», *Reflexiones marginales* 37 (2017) en <https://reflexionesmarginales.com.mx>
- GRANADOS, J., «La recepción de Aristóteles por san Agustín», *An. Sem. His. Filos* 37 (2020) 13-21.
- DEMMER, K., «Mentira», en KASPER, W. (ed.), *Diccionario enciclopédico de exégesis y teología bíblicas, tomo II. I-Z*, Herder, Barcelona 2011, p. 1056.
- COENEN, L.; BEYREUTHER, E., y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. III, Sígueme, Salamanca 1993, pp. 68-73.

- BEUCHOT, M., «Signo y lenguaje en san Agustín», *Dianoia* 32 (1986) 13-26.
- *Historia de la filosofía medieval*, FCE, México 2013.
  - *La filosofía de san Agustín. Verdad, orden y analogía*, Ediciones paulinas, México 2015.
  - *Nueva Biblia de Jerusalén*. Desclée De Brouwer, Bilbao, 1998.
- ORÍGENES, *Contra Celso*. BAC, Madrid 1967.
- NOLA, P. de, *Poemas*, Gredos, Madrid 2005.
- PLATÓN, «Hipías menor», en *Diálogos*, Gredos, Madrid 2008.
- SAN AGUSTÍN, «De la doctrina cristiana», en *Obras completas de san Agustín XV*, BAC, Madrid 1957.
- «Del maestro», en *Obras completas de san Agustín III*, BAC, Madrid 1963.
  - «Del orden», en *Obras completas de san Agustín I*, BAC, Madrid 1969.
  - «La ciudad de Dios I», en *Obras completas de san Agustín XVI*, BAC, Madrid 1958.
  - «La ciudad de Dios II», en *Obras completas de san Agustín XVII*, BAC, Madrid 1958.
  - «Las Confesiones», en *Obras completas de san Agustín II*, BAC, Madrid 1969.
  - «Acerca de la mentira», en *Obras completas de san Agustín XII*, BAC, Madrid 1973.
  - «Contra Fausto», en *Obras completas de san Agustín XXXI*, BAC, Madrid 1993.
  - «Contra la mentira», en *Obras completas de san Agustín XII*, BAC, Madrid 1973.
  - «De la cantidad del alma», en *Obras completas de san Agustín III*, BAC, Madrid 1963.
  - «De la utilidad de creer a Honorato», en *Tratados*, SEP, México 1988.
  - «Del Génesis a la letra», en *Obras completas de san Agustín XV*, BAC, Madrid 1957.
  - «Las retractaciones», en *Obras completas de san Agustín XL*, BAC, Madrid 1995.
  - «Soliloquios», en *Obras completas de san Agustín I*, BAC, Madrid 1994.
  - «Tratado sobre la Santísima Trinidad», en *Obras completas de san Agustín*, BAC, Madrid 1956.
  - *Confesiones*, BAC, Madrid 2001.
- SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre el sacerdocio*, Imprenta de Pablo Riera, Barcelona 1863.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología II. Parte I-II*, BAC, Madrid 2006.